

**Resonancias del terruño.****Por Ramón M. Quesada.****Últimos días de Cartago***Continuación*

## XI

Para aquellas personas que hayan tenido la paciencia de seguirme hasta aquí, en el relato de episodios aislados, que resultan pálidos, descoloridos, cuando se ve frente a frente la pavorosa realidad, y que en manera alguna podrán dar más que una idea aproximada de la súbita destrucción de una ciudad tenaz, altiva y pujante, y que desearían conocer la mayor suma de detalles, fuera de los numerosos que ha venido publicando toda la prensa nacional desde el 5 de mayo, para reconstruir mentalmente las escenas de congoja y de terror, de abnegación y humanidad, de desesperación y heroísmo de aquella infausta noche, he solicitado la colaboración de algunos amigos, testigos presenciales de la catástrofe, quienes me han facilitado interesantes datos, que vienen a redondear estas impresiones, desordenadas, como lo estaba después del rudo golpe, el espíritu de cada uno de los cartagineses, pero sinceras en la exposición sencilla de la verdad.

Al llegar a este punto y echar una ojeada sobre lo que fué nuestra hermosa ciudad, con tantas y tan sólidas construcciones de calicanto y de ladrillo, y algunas hasta reforzadas por vigas metálicas, que, para el caso del terremoto, resultaron tan perfectamente inútiles como los tradicionales adobes de tierra; y al imaginarme lo que pudiera ser mañana una ciudad ligera, confortable, con habitaciones aeradas y perfumadas por centenares de jardines, pero hecha de materiales que exigen periódicas renovaciones, si por otros accidentes que no sean los naturales del tiempo, no hay que rehacer en corto plazo la obra que tanto cuesta para vivir con menos inquietud y menos peligro, no puedo menos de recordar una expresión profética de mi padre, que había nacido el año 11 del siglo anterior y vivió 86 años, quien al referirse a las catástrofes que había tenido ocasión de presenciar decía: «*En Car-*

*tago cada generación tendrá que hacerse su casa*».

Desgraciadamente esta predicción que era la de todos los hombres de experiencia de la próxima pasada centuria, se ha venido a realizar en lo tocante a la destrucción, pero todavía no, en lo concerniente a la reedificación total de la ciudad, de una villa y de multitud de barrios, que será obra de largo tiempo y de ingentes gastos, para los cuales las nueve décimas partes de los damnificados no estaban listos, y menos en esta época de crisis económica porque atraviesa todo el país.

Antes de proseguir mis observaciones personales, debo ceder aquí la palabra a aquellos amigos a que antes me he referido, siguiendo en la publicación el orden en que he recibido la correspondencia.

Le toca pues, el turno al Coronel don Arcadio Quirós, gobernador que fué de Cartago en las postrimerías de la administración del señor Licenciado González Viquez.

—Me pone U., dice el señor Quirós, en un compromiso al pedirme mis impresiones personales sobre el terremoto de la noche del 4 de mayo próximo pasado, porque fué tal la sorpresa de la espantosa desgracia, que éudo haya persona alguna que pueda dar exacta idea de lo que en esa noche pasó, noche inolvidable para todos los cartagineses, como lo será para las generaciones futuras a quienes la actual transmitirá con todos sus detalles el relato fiel de lo que presencié.

Hacia el anochecer salí del galerón donde dormía con mi familia, dirigiéndome a un corredor que quedaba al frente, con el fin de tomar mi sombrero para irme a casa de don Manuel de J. Jiménez, en donde iba a reunirse la Junta de Socorros, y cuando ponía los pies en dicho corredor, oí como si la tierra hubiese sido volada con dinamita; vi que la casa se me venía encima, y, por instinto de conservación,

salté hacia el patio y caí de espaldas. Me levanto, corro en busca de los míos, encuentro parte de ellos en el galerón, pero me faltaban tres de mis hijas; las busco y hallo por milagro á dos de ellas en la calle; á la otra, no la veo, pregunto al policial de punto fijo, y me dice que la vió entrar por la puerta siguiente, momentos antes. Creí que ya era víctima mi hija, porque esa parte de la casa también cayó de golpe. Entro por sobre los escombros, la llamo desesperadamente, y cual no sería en parte mi alegría al contestarme —papacito, aquí estoy aterrada, sáqueme pronto porque me ahogo—; enciendo un fósforo, y efectivamente la veo cubierta de escombros hasta el pecho. Grité, pidiendo luz, y con ayuda de su marido que llegó en ese momento, de un pariente y de dos policiales, pude con muchas dificultades extraerla, bastante lesionada. Afortunadamente por los cuidados médicos su mejoría fué pronta.

Cuando me convencí de que ya no faltaba ninguno de mi familia, salí á la calle á recorrer la población para cumplir con mi deber, pues ejercía el cargo de Gobernador de la Provincia, y me encontré con serias dificultades por los pocos recursos de que podía disponer en esos momentos, pues cada cual estaba atendiendo á los suyos ó buscándolos entre las ruinas. No tenía gente para prestar el auxilio necesario y di orden para que de los barrios vecinos me mandasen inmediatamente trabajadores, pero como todos estaban en las mismas circunstancias que en la ciudad, no llegaron sino unos pocos de San Rafael, y uno que otro de los demás distritos. Con éstos y la policía, y parte de la guarnición del Cuartel, algo se hizo. Toda esta gente se portó muy bien, pero por lo exiguo del número no podía atender á toda la población.

Cuando iba por las calles, de todas partes, de debajo de los escombros, partían lamentos y gritos desesperados demandando auxilio para los deudos y amigos; esto es indescriptible, y sólo el recordarlo da horror y compasión. Muchos corrían como locos, sobrecogidos de terror unos, y sin darse cuenta los otros de que iban á tientas sin rumbo fijo.

Como no pasaban cinco minutos sin que se sintiera un fuerte sacudimiento acompañado de truenos sordos, las paredes que no se vinieron abajo en el primer

choque iban cayendo una tras otra: parecía que la Naturaleza estaba propuesta á concluir con todo, y así había que transitar por media calle para evitar el peligro.

Con este sobresalto se pasó toda la noche, y al despuntar el alba llegó lo más espantoso: ver por todas partes sólo escombros y desolación, que no parecía sino que hubiésemos acabado de despertar de una de esas pesadillas terribles. Un nudo se atravesaba en la garganta al considerar la inmensidad del desastre, y sobre todo las víctimas que por todas partes se veían. ¡Qué espectáculo tan cruel, ver sólo ruinas de la que fué bella y ejemplar Cartago, cuna de tantos hombres notables de nuestra querida Costa Rica!

Esa misma mañana se dispuso inmediatamente enviar una cuadrilla al cementerio á cavar sepulturas ó grandes osarios en que depositar de nuevo los restos que por todas partes andaban dispersos. Era de urgente necesidad evitar una epidemia, y este trabajo originó serias molestias porque los peones no querían hacerlo, y en parte no carecían de razón, pues, el pánico por un lado, y la feñidez de los cadáveres exhumados, por otro, desalentaban hasta los más audaces y sin asco. Hubo irremisiblemente que emplear la fuerza para llevar á cabo la peligrosa empresa.

El Gobierno mandó tropa esa mañana, y parte de ella se destinó al cementerio. Más tarde llegaron miembros de la Cruz Roja, quienes, con laudable y meritorio empeño, ayudaron al enérgico jefe de aquella sección don Alfredo Anderson, á quien Cartago debe estar agradecida, pues por su voluntad de hierro, el cementerio dejó de ser una amenaza para la salubridad pública, y la higiene fué atendida después con toda diligencia en la ciudad.

El espectáculo de recoger cadáveres y enfermos, para depositar á aquellos en la plaza del cuartel, mientras sus deudos ó amigos llegaban á reconocerlos, y á éstos en el kiosko del Parque, para vendarlos ó suministrarles anestésicos, entre tanto se les podía remitir á la capital, de donde los pedían con insistencia, era para que se le corriera las lágrimas hasta á los más insensibles. Para facilitar el servicio de transporte había constantemente un coche en la estación del ferrocarril.

Se me olvidaba otra de las impresiones fuertes que experimenté, y fué cuando se quedó en tinieblas la ciudad por haberse

apagado la luz y por el polvo que se levantó. Como los alambres caídos impedían el paso se ordenó cortarlos para evitar peligros, y fué cosa providencial la suspensión de la corriente eléctrica, pues de lo contrario el incendio habría devorado lo que quedaba, y la mayor parte de los habitantes habrían perecido carbonizados.

Todavía tendría yo mucho que agregar, pero me es imposible hacerlo.

No creo que la historia registre muchos casos iguales al presente, por lo raro, por la violencia y demás efectos causados por quien sabe que fenómeno, que en mi concepto, está aún por averiguarse”.

—Hasta aquí la detallada narración del señor Quirós, que interesará de seguro á los que tengan afición á esta clase de lecturas, si no amenas por el asunto, sí necesarias, para saber lo que ha pasado en un poético rincón de nuestro propio suelo, del cual nunca se habrá hablado ni escrito más en el mundo, según me dice un viejo amigo que vive en el extranjero, como ahora después de haber sido víctima de un inaudito cataclismo. ¡Glorias póstumas!